

Los pajaritos vuelven a respirar

Por Martín Azcurra

Periodista y editor. Hijo de un represor condenado

El padre es La Ley, dicen los libros. ¿Pero qué pasa con esa Ley cuando el padre es un genocida encubierto? Porque el terrorismo de Estado en Argentina, a diferencia de otros países, se hizo a puerta cerrada, en una especie de pesadilla de laberintos oscuros. ¿Qué sucede al interior de esas familias con esa retorcida ley que tapa el crimen? La orden de impunidad empieza en la familia, primero en las esposas, domadas o enloquecidas, después en las hijas y los hijos, quienes son criados en torno al silencio más oscuro. Porque las paredes oyen, literalmente. Esa Ley es miedo pero también vergüenza, agacha las miradas de las vecinas y los vecinos. Adentro la casa es sepia. Los colores desaparecieron. En ese nicho, la angustia del “amor corrompido” impregna a todos los integrantes, como el perfume que se pone el carnicero todas las mañanas antes de salir a faenar. El perfume de la muerte llena toda la casa, rompe los silencios, grita que todo está mal.

Hay hogares militares, aunque el resto de la familia sea completamente civil. La cultura castrense es una estructura de mando que intenta incluir, o mejor dicho subordinar, a toda la familia. Pero para disciplinar necesita convencer, ya que las esposas y los hijos no tienen rango formal, y lo hace a través del padre. No siempre lo logra. Y cada vez menos. Hay poquísimos casos de mujeres militares, tal vez más en la policía, pero muchos menos durante la dictadura.

El terror se alimenta de crueldad: el miedo al castigo, que en este caso tiene la forma de tortura; pero también la construcción imaginaria del enemigo. ¿Quién, o qué, es el enemigo, para una familia militar? Es un fantasma que puede entrar por las noches a comer las entrañas del padre y envenenar a su descendencia. Para los niños es un monstruo que acecha debajo de la cama. Para las esposas es un violador. Pero el padre sabe, perfectamente, que el enemigo es una idea, una bomba idea que pone en jaque al sistema, instalada por un pibe o una piba de 20 años que da clases de apoyo escolar en un asentamiento.

El silencio del hogar militar crece y fagocita por dentro a cada integrante, como el animal succionador de sangre del cuento “El almohadón de plumas” de Horacio Quiroga. ¿Cómo se vive en una burbuja de fantasía de ética y justicia? La cena es el peor momento. El padre en la cabecera de la mesa observa a sus hijos, mientras su esposa sirve la comida. Hacen chistes, todos ríen, pero la risa nunca es plena o completa. No existe la carcajada en un hogar así. El más chico, de manera inocente, hace una pregunta incómoda, sin saber que lo es. La pregunta bomba. Todos lo miran. De pronto el silencio se hace material, espesa el aire. El padre inventa una teoría de locos y la comida sigue su curso normalmente.

Las preguntas son el arma que tienen los integrantes de un hogar militar para romper el silencio cómplice. Las exterioricen o se las callen. Las hagan adentro de la casa o por fuera, a sus amigos o profesores. Aunque temerosas, las preguntas que circulan por dentro de la familia, del hijo a la madre, por ejemplo, se transforman en oxígeno. Ahí se dan cuenta que el silencio tenía mordaza y tapaba el aire. De pronto, afuera, los pajaritos empiezan a respirar. De pronto, las cortinas de la casa se tiñen con algún color vivo. De pronto, ya no es más una familia militar.

Cuando todos callan, la pregunta se vuelve subversiva. Por más pequeña que sea, es como un alfiler en una bombucha de agua. La justicia se abre camino. De pronto, en 2017, decenas de familiares de genocidas, en su enorme mayoría mujeres, salieron a la calle a repudiar al Padre.